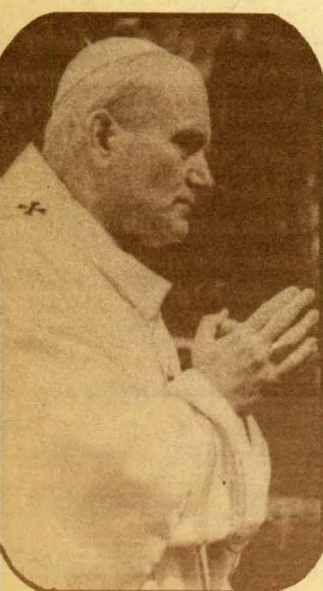




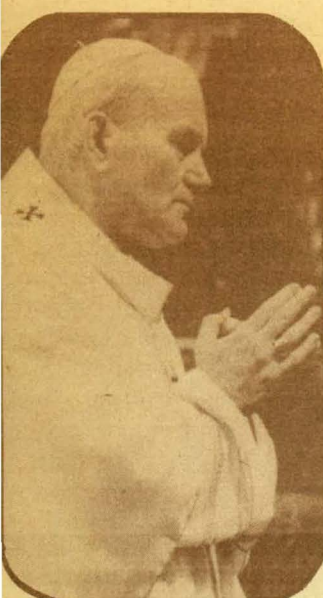
Juan Pablo II... llega a México.



Estará cinco días en nuestro país.



Millones de mexicanos seguirán sus pasos.



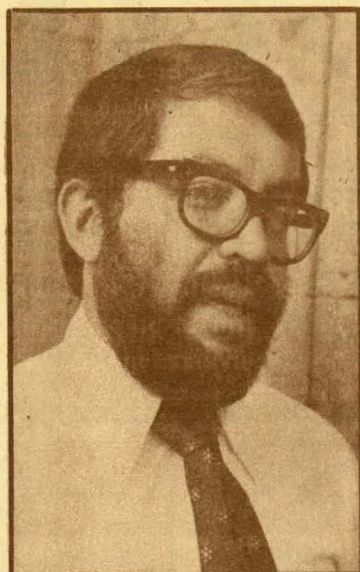
El Papa polaco, sucesor de León XII

Una Iglesia en

ENE-31-1979

Pecado Mortal

POR MIGUEL ÁNGEL GRANADOS CHAPA



Y bien: mañana llega el Papa.

Durante los próximos cinco días, en esta capital, en Puebla, en Guadalajara, en Oaxaca, las multitudes se arremolinarán para ver a Juan Pablo II, y otros millones de mexicanos seguirán los pasos del Sumo Pontífice por medio de la televisión, con patrocinio bancario.

Casi ninguno de esos millones de fieles que, llevados por la fe o por la magia del espectáculo, formarán las vallas del jefe de la Iglesia, reflexionará en que el Papa polaco es sucesor de León XII, que ante la independencia mexicana se dirigió al clero para encargarle que subrayara las cualidades del monarca español; de Pío IX, que condenó la Constitución de 1857; de Benedicto XV, que aprobó la protesta de los obispos mexicanos contra la Carta Magna de 1917; de Pío XI, quien por medio del cardenal Gasparri mostraba en 1926 en los siguientes términos su opinión sobre nuestro gobierno: "Noticias deplorables siguen llegándonos sobre las tristes vicisitudes de la Iglesia en la República Mexicana, donde, bajo la apariencia hipócrita de la pretendida legalidad, quienes dirigen el gobierno practican una persecución real contra la Iglesia católica, en aquella desventurada nación..."

Hoy, la historia ha dado un giro de 180 grados. También "bajo la apariencia hipócrita de la pretendida legalidad", ya no se persigue al clero, sino que se le alienta. Pero no, por supuesto, al clero popular, al que eligió la identificación con los pobres, al que no quiere ser juez sino parte en los conflictos sociales.

No es que sintamos la obligación de rasgarnos las vestiduras porque el presidente de la República se encuentre con el Papa. Jean Meyer inicia las ilustraciones del segundo tomo de "La Cristiada", con una fotografía en que nada menos que el defensor de la Constitución de 1857, y propugnador de la del 17, Venustiano Carranza, aparece participando en un bautizo, al lado de un sacerdote, tal vez un obispo, con la casulla puesta. ¿No antes Bulnes—"nuestro gran energúmeno", como lo ha llamado Reyes Heróles—había podido escribir que "dio a conocer el caudillo de Tuxtepec que era estadista cuando, conservando el principio de separación de la Iglesia y del Estado se propuso acabar con la tarea de destrucción de la Iglesia por el Estado. Estableció relaciones personales con los miembros del alto clero, atendió a sus recomendaciones para emplear católicos, prohibió persecuciones y toleró la existencia de conventículos como los había tolerado el presidente Juárez, aunque con menos descaro"?

No. En la víspera de la llegada del Papa, no nos preocupa que las autoridades civiles se muestren tan hospitalarias con el jefe de una corporación religiosa a la que la ley que rige a tales autoridades no reconocen personalidad jurídica alguna. La Iglesia como tal, según los moldes de comportamiento que observó hasta el siglo XIX, quedó históricamente liquidada. Tuvo razón Andrés Molina Enríquez al decir que "la política de conciliación (practicada por el gobierno, produjo) un resultado positivo de hecho... Las ventajas de que el clero llegó a gozar no fueron el resultado de la debilidad del gobierno, sino de la sumisión a él". No se encuentra hoy, salvo la clase empresarial, un partidario más ferviente del gobierno federal que la jerarquía eclesiástica, dotada de todos los privilegios y ninguna de las responsabilidades derivadas del acto de gobernar.

Sí nos preocupa, en cambio, y los hechos van por desgracia militando en tal sentido, el repunte del oportunismo de derecha, que se manifiesta en mil formas con el pretexto de la visita papal. Uno tras otro, los gobernadores a cuyas entidades viajará el Papa producen declaraciones que niegan la historia, a la que no hemos de tener presente como fuente de rencores, pero sí como origen de lecciones. Asistimos a la paradoja de que, el viernes pasado, a las nueve de la noche, la televisión privada ofrecía programas donde expusieron sus tesis dos partidos que por lo menos de nombre son socialistas mientras que la televisión gubernamental (Canal 13 y Televisión Rural de México) ofrecían a sus espectadores una biografía del Papa, cuyo título estaba cargado de aviesa intención: "WOJTYLA—el que vino del silencio".

Allí se ilustra otra de las consecuencias perniciosas de la explotación política de la visita del Papa. Su oriundez polaca ha sido aprovechada para un nuevo empuje del anticomunismo industrial. "La Iglesia del silencio" es una fórmula preferida por la propaganda contraria al socialismo para denominar a la que opera en los países que, también conforme a dicha propaganda, están detrás de "La Cortina de Hierro". La presencia del Papa da lugar a que se esparzan las más burdas caricaturas de la relación entre la Iglesia y el Estado en Polonia, y a que se enfatice la prédica del propio Sumo Pontífice en favor de la libertad religiosa, aspiración suya que cuadra en el marco de las sociedades de Europa Oriental (y que, paradójicamente, también era aplicable hasta hace poco tiempo en Portugal y España), pero no en la sociedad latinoamericana donde, sociológicamente al menos, la Iglesia católica es predominante.

Y ya que hablamos de la Iglesia católica en Latinoamérica, hemos de anotar que la poderosa figura pública del jefe del Estado vaticano casi ha oscurecido por completo la cuestión en apariencia medular que provoca su presencia entre nosotros, que es la reunión de la Conferencia Episcopal Latinoamericana.

Los obispos de nuestro subcontinente se reúnen por tercera vez, después (Sigue en la página 69)